

Chilenismos aceptados por la Academia Española

DOS PALABRAS

Todo idioma presenta variaciones locales, que su cultivo debe contribuir a disminuir. La uniformidad de un idioma es tanto más de estimar cuanto es mayor su extensión geográfica. Acordémonos que el castellano es la lengua romance más difundida, pues es hablado por 77 millones de hombres, al paso que el francés lo es por 45 millones y el italiano por 34. Más aún: puede decirse que es la lengua más universal del mundo, pues, aunque no alcanza al número de los que hablan inglés u otros idiomas, es la lengua hablada por mayor número de naciones. El cultivo del idioma lo unifica en el espacio que ocupa y en el tiempo, haciéndole menos mudable. La espontaneidad descuidada puede, en América, llevarnos muy lejos, casi hasta la formación de un idioma nacional, como sucede en la Argentina. Felizmente la Argentina comprende que es preciso renunciar a tales ideas, ya que, según una frase feliz, a los americanos nada nos separa, todo nos une, con más razón ahora que el gran vehículo de nuestro comercio intelectual es el aire mismo que nos envuelve y nos cobija. Esta desviación que, respecto del lenguaje literario, sufre el lenguaje vulgar no sólo en América sino en España—mayor en Asturias que en Chile—es la que la Academia madre desea orientar hacia las normas del buen uso, y en esto debemos secundarla todas las Academias americanas. Copiaremos las palabras que el eximio filólogo, D. Ramón Menéndez de Pidal pronunció en Chile cuando vino a restablecer nuestra Academia: «Pero, además, la Academia Española reportará de las americanas un auxilio muy especial, para una tarea nueva que ha comenzado hace un año. La Academia, en cuanto fué fundada, realizó al poco tiempo el esfuerzo considerable de publicar su Diccionario grande, llamado de Autoridades, en seis tomos, al cual Bello, siguiendo una respetable autoridad filológica extranjera, califica de «superior a todo lo que existe en su línea» en otros

países. Después, la Academia no cesó de atesorar cédulas para rehacer ese gran Diccionario, y hoy ha puesto mano decididamente a la tarea de redactarlo... ..

Pero en este gran léxico que se prepara, el americanismo debe ocupar un lugar importante, y la Academia Española no puede por sí sola estudiarlo: necesita la competencia de las Academias correspondientes para que atesoren el mayor número de vocablos, los clasifiquen y señalen cuáles son los que recibe el uso de la gente culta y cuáles los que están y deben estar relegados al de la gente vulgar. Este trabajo léxico exige mucho esfuerzo de organización, mucho tiempo, muchos colaboradores diseminados en el país y algunos recursos pecuniaros. Pero, en un país como Chile, donde siempre las cuestiones de cultura hallan acogida favorable, y donde ya privadamente tantos estudios léxicos se han realizado por iniciativa individual, no dudo que, cuando sean emprendidos por una corporación compuesta de personas tan prestigiosas, de eruditos tan notables como los aquí reunidos y los que pronto se incorporarán a ella, encontrarán seguramente todos los colaboradores y todos los recursos que sean necesarios.»

La labor de allegar los vocablos americanos que deben ser incorporados en el depósito oficial de las palabras castellanas, corresponde, pues, a las Academias americanas. La nuestra, gracias a los trabajos de Román, Lenz, Amunátegui, Medina, Laval, Echeverría y del que escribe, ha logrado ver incluidos en el léxico oficial numerosos chilenismos, y, sin desmayar en la tarea, acaba de nombrar una comisión compuesta de los señores Amunátegui, Lenz, Morales y del infrascrito para dar cima a la obra tan felizmente comenzada. Es de advertir que nuestra Academia no se ha contentado con hacer un trabajo de mera recopilación de vocablos sino de inteligente y cuidadosa selección. Por eso es de lamentar la demasiada indulgencia con que la Academia ha acogido algunos chilenismos, que no corresponden a su lema: *limpia, fija y da esplendor*. Se dirá acaso que un Diccionario debe recoger todas las palabras que están en uso, porque lo que se habla constituye un hecho lingüístico, del que hay que tomar debida nota; pero advirtamos que va distancia del hecho lingüístico al buen uso lingüístico. El primero podrá y deberá ser tomado en cuenta por los que escriben la gramática histórica; los que escribimos gramática preceptiva atendemos más a la corrección,

Hoy se nos ha entrado el positivismo hasta en el lenguaje: nos contentamos con darnos a entender. Es preciso oponer a esta tendencia la tendencia idealista, que atiende a la corrección gramatical o sea al uso, no diremos de los artistas de la palabra, sino al de la gente culta o por lo menos educada, ya

que con ello se contenta nuestro insigne maestro Bello. Por eso combatiremos con todas nuestras fuerzas la adopción de voces vulgares, que, si es verdad que ofrecen un material precioso para el estudio psicológico e histórico del idioma, van, por otra, minando y socavando la arquitectura del lenguaje. Un deber de lealtad para con la Academia nos obliga a poner a esta respetabilísima Corporación sobre aviso respecto de voces que no son de uso general ni pertenecen al lenguaje de la gente culta ni educada, sino groseros vulgarismos, que atentan a la fijeza del idioma y preparan su completa disgregación y anarquía.

Nada más razonable que el Diccionario admita las voces que no tienen una perfecta equivalencia en castellano, como lo ha hecho con *camahueto*, *curanto*, *tepú*, etc. (las tres de procedencia indígena y de uso general en Chiloe), o términos que son de uso constante en lo escrito y hablado, como «trisar» por hender, rajar; «mañoso» por persona o animal que tenga algún resabio, etc., o bien palabras que tengan un uso constante y general en alguna región determinada del país, porque tales palabras contribuyen a enriquecer la lengua; pero de allí a recoger cualquier barbarismo o gazapatón, como *chuela* por hachuela, porque lo registran los vocabularios, va enorme distancia. La ilustre Academia sabe mejor que nosotros que, para que se acojan en su diccionario ciertas voces, es preciso que tengan en su abono un uso *respetable, general y actual*. Respetable o sea que las usen buenos escritores; general o sea que las emplee la gente culta o por lo menos educada, y actual o sea que en la actualidad se encuentren en uso. Pues bien, a numerosas voces prohibidas por la Academia, v. gr., *apotincarse*, *apitiguarse*, *cototo*, etc., faltan las dos primeras condiciones. Si supiera la Honorable Corporación qué clase de gentes usan entre nosotros tales palabras ¡cuánto deploraría haberles dado entrada en su Diccionario! Es verdad que algunas veces aparecen en lo escrito tales vocablos, pero es sólo para dar al estilo un sabor popular. ¿Cómo se explica entonces su aceptación? Por el desconocimiento que allá se tiene de nuestro lenguaje. No hace mucho leímos en un Diccionario de Americanismos, respecto de cierta voz extraña que aparece como propia de América en el Diccionario Manual e Ilustrado de la Lengua Española: «pero ¿quién demonios pudo llevar a la Academia tal palabra?»

Realmente que dan ganas de expresarse así al encontrar ciertas voces en el gran Diccionario de la Lengua. Cuervo da mejores razones. Dice así: «Tenemos por oportuno recordar que cuerpos como la Academia Española producen sus obras valiéndose de comisiones; que no siempre figuran en éstas los más competentes, y que los trabajos que presentan las mismas

tampoco son siempre examinados despacio por la corporación entera, antes muchas veces son aprobados ligeramente por aclamación, de manera que todas las decisiones o cosa que lo parece, no representan la suma de saber de todos los académicos. Sólo así puede explicarse que casi en cada edición de la Gramática y del Diccionario aparezcan cosas notoriamente erróneas, que después se corrigen, a lo que es de suponer, con harto sonrojo.»

Nos estimulan a proseguir en nuestra ardua tarea las siguientes palabras del mismo insigne filólogo, gloria acaso la más pura del continente americano: «Dejando aparte a los que trabajan por conservar la unidad religiosa, aspiración más elevada a formar de todas las razas y lenguas un sólo redil con un sólo Pastor, nadie hace tanto por el hermanamiento de las naciones hispano-americanas, como los fomentadores de aquellos estudios que tienden a conservar la pureza del idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialectales oponen al comercio de las ideas.» Y confirma: «En todos los pueblos cultos y de civilización tradicional, la lengua literaria es como tipo ideal en que los muertos tienen tanta representación como los vivos; y ya que es imposible evitar la evolución fatal del lenguaje, que tiende a diferenciarlo, sobre todo cuando se habla en vastos territorios cuyas fracciones tienen vida propia y elementos de cultura más o menos diversos, todos los esfuerzos han de concurrir a conservar la pureza de ese tipo.»

Haremos notar aquí otra cosa de suma importancia para el estudio de nuestros chilenismos. Es el hecho de conservarse en Chiloé—como lo iremos haciendo notar—regionalismos españoles, desconocidos en el resto del país. Con respecto a la introducción de esos regionalismos españoles en Chile, se explica por la llegada de los conquistadores, venidos de diversas partes de España y que, naturalmente, trajeron voces de las diversas hablas locales de la península.

Dice Cuervo que el aislamiento de los demás pueblos hermanos suele ser origen del olvido de muchos vocablos puros y del consiguiente desnivelamiento del idioma. Replicaremos al ilustre sabio que en Chiloé pasa justamente lo contrario, o sea que por su relativo aislamiento geográfico, se conservan allí palabras y aun frases de puro abolenjo español, como asina por así, vide por vi, truje por traje, hibierno por invierno, etc., como asimismo «de antes» por «antes», «de juro» por «ciertamente», «no más de la verdad», etc. Igualmente se conservan allí voces gallegas, como mariola por infernáculo, aragonesas como maño por hermano, leonesas, como Juasús por Jesús, etc.

Pero ¿cómo explicaremos la existencia de americanismos

conocidos sólo en Chiloé, a menos de tachar de deficientes e incompletos nuestros léxicos nacionales? Y no son pocos— como lo iremos notando—de tal manera que tenemos en mente publicar sobre ello una monografía cuando otros trabajos nos lo permitan. Creemos que obra en ello la misma causa del aislamiento. Americanismos olvidados ya en el centro o en el Norte, se oyen todavía en Chiloé, como asimismo los nuevos, como atorrante, farrista, retobado por taimado, etc., no han llegado todavía allá.

Terminaremos observando que los chilenismos que aparecen en nuestro trabajo, son los que han sido autorizados por la Academia Española en el Diccionario Manual Ilustrado de la Lengua Española del año 1927. El que algunos hayan sido autorizados en ediciones anteriores del léxico oficial no tiene importancia alguna, ya que las fechas de la admisión no tocan el fondo ni la esencia de nuestro trabajo.

LETRA A

Ababillarse.—r. Enfermar de la babilla un animal.

Abadesal.—adj. Abacial. No debió ser admitido, pues es sólo un localismo o sea es voz usada sólo en algunos monasterios.

Abajino, na.—adj. Habitante de la parte Norte del país. ¡Lástima que la Academia lo haya aceptado en la hora undécima, cuando ya ha caído casi en completo desuso!

Abalear.—tr. Fusilar, tirotear.

Abarrajado, da.—adj. Audaz, pendenciero. Significa también libertino, disoluto, sobre todo en las provincias del Sur. Debí consignarse este significado.

Abarrotar.—tr. Monopolizar.

Abarrotés.—pl. Artículos ligeros de primera necesidad, como bebidas, comestibles y otros, menos de lencería. Le faltó al diccionario consignar *tienda de abarrotés*, como decimos y escribimos en Chile y en América.

Abastero.—m. Rastrero, abastecedor,

Abisagrar.—tr. Alisar y dar lustre a los zapatos con la bisuera.

Abismarse.—r. Asombrarse, admirarse.

Abocinarse.—r. Ensancharse el agujero del cubo de las ruedas.

Abombado, da.—adj. —Desvanecido, debilitado de la cabeza.

Abombarse.—r. Empezar a corromperse y a oler mal un líquido.

Abrochar.—tr. Coger a alguno para castigarlo. En Chiloé dicen *colchar* y *colcharse*. Es sinónimo de nuestro *cruzar* y *cruzarse*.

Abrogarse.—r. Arrogarse. Es inconcebible que este verbo haya sido aceptado por la Academia en el sentido indicado, pues no es ni ha sido nunca prenominal y porque significa abolir, revocar. Y el que esta voz se halle a veces en esta acepción en algunos autores se explica como una errata.

Abuelita.—f. Moña, gorra de niños.

Acacharse.—r. Paralizarse la venta de un artículo de comercio.

Acápite.—m. Párrafo aparte.

Acarraladura.—f. Carrera o línea de puntos que se sueltan en la media.

Acasarse.—r. Hacerse parroquiano de una tienda.

Acatarrar.—tr. Importunar.

Acción.—f. Billeto de rifa o lotería.

Aceitillo.—m. Aceite de tocador.

Acionera.—f. Pieza de metal o de cuero fija en la silla de montar y de la que cuelga la acción.

Aclarar.—intr. Purificarse un líquido posándose las partículas sólidas que lleva en suspensión.

Acodillarse.—r. Padecer cinchera una caballería.

Acolitar.—intr. Desempeñar las funciones de acólito. Usa-se también como transitivo, v. gr.: *acolitar* la misa a alguien.

Acollararse.—r. Apercollarse, cogerse del cuello.

Acomedido.—adj. Comedido.

Acomodirse.—r. Comedirse.

Acomodo.—m. Adereso, compostura, ornato,

Aconcharse.—r. Depositarse las heces o *conchos* de un líquido en el fondo de una vasija, posarse.

Acuadrillar.—tr. Acometer muchos a uno, dar *cuadrillazo*.

Acuchuchar.—tr. Estrujar, achuchar.

Acumuchar.—tr. (*De cumucho*). Aglomerar, acumular. Usa-se también como reflexivo.

Acusete.—m. Asusón, soplón.

Achamparse.—r. (*De champa*). Arraigar como la *champa*. || Con la prep. *con* alzarse o quedarse con alguna cosa ajena.

Achancar.—tr. Acochinar, encerrar en el juego de da-

mas. U. t. c. r. || En el dominó hacer que un jugador se quede con ficha de palo doble sin poder jugarla.

Achicar.—tr. Enchiquerar.

Achicharrar.—tr. *Achucharrar*, estrujar.

Achiguarse.—r. Combarse una cosa, formar *chigua* o barriga una pared o criar panza una persona o animal.

Achinado, da.—adj. Persona que se parece al chino en el color o las facciones. || *Aplebeyado*.

Acholo.—m. Acción y efecto de *acholar*.

Achucharrar.—tr. Achuchar, aplastar, estrujar.

Achunchar.—tr. (*De chuncho*). Avergonzar, desconcertar a alguno. Usase también como reflexivo.

Achuñuscar.—tr. Achuchar, estrujar o apretar con fuerza.

Adefesiero, a.—adj. Que hace o dice adefesios, despropósitos, disparates.

Adobera.—f. Molde para hacer quesos en forma de adobe.

Adobón.—m. Emplenta, encajonado, pedazo de tapia que se hace de una vez.

Adulo.—m. Adulación.

Afarolarse.—r. Amostazarse.

Afiebrarse.—r. Acalenturarse, tener fiebre.

Afirmar.—tr. Hablándose de golpes, palos, bofetadas, significa darlos.

Aflautar.—tr. Atiplar.

Afrecharse.—r. Enfermar un animal por haber comido demasiado afrecho. En algunas partes a esta enfermedad se le llama «el mal».

Afutrase.—r. Acicalarse, imitando al *futre*.

Agallas.—f. pl. Codicia, astucia, sagacidad.

Agallado, da.—adj. Aplícase a la persona garbosa.

Agalludo, da.—adj. Astuto, sagaz.

Agarradera.—f. Agarradero.

Agarrón.—m. Agarrada, pendencia, tirón, sacudida violenta.

Agencia.—f. Casa de empeños.

Agenciero.—m. Dueño de una *agencia*.

Agravión, na.—adj. Que fácilmente se agravia.

Agriera.—f. *Vinagrera* o acedía del estómago.

Agú.—interj. ¡Ajó!

Aguachar.—Domesticar, amansar. U. t. c. r.

Aguachento, ta.—adj. Lo que pierde su jugo y sales por estar muy impregnado de agua.

Aguada.—f. Abrevadero del ganado.

Aguanés, sa.—adj. *Yaguané*, cierto color.

Aguasarse.—r. Tomar las costumbres y maneras de los *guasos*.

Aguatarse.—r. Enaguacharse.

Aguatero, ra.—m. y f. Aguador o sea el que vende o reparte agua a domicilio.

Aguililla.—adj. Dícese del caballo muy veloz en el paso. || Petardista.

Agujador.—m. Alfiletero.

Ajamonarse.—r. Amojamarse, acecinarse.

Ajustar.—tr. Hablándose de palos, bofetadas, golpes, significa darlos.

Alabado.—m. Canto que entonaban los antiguos serenos al rayar el día y retirarse a su cuartel, llamado así por empezar con las palabras de la oración del mismo nombre. Cuando esta hermosa palabra, en fuerza de las nuevas ideas, ha tocado ya retirada, entonces el Diccionario de la Academia le abre sus puertas.

Alabado (Al).—Al amanecer.

Alagunar.—tr. Alagar o sea llenar de lagos o charcos. Esta palabra sobra y no debió la Academia darle cabida, fuera de que su uso es muy reducido. Por nuestra parte, no la habíamos oído.

Albazo.—m. Alborada, música al amanecer.

Alcancia.—f. Cepillo en que se echan las limosnas.

Alcol.—m. Alcohol. ¿Por qué la Academia habrá autorizado esta tan vulgar síncopa?

Alcuza.—f. Convoy, vinagrera o angarillas.

Aldaba.—f. Aldabilla.

Aleonar.—tr. Excitar al alboroto. U. t. e. r.

Aletazo.—m. Puñetazo, bofetada.

Alfañique.—m. Alfeñique.

Alfilerillo.—m. Gramínea.

Algorra.—f. Alhorre o enfermedad de la boca peculiar en los niños.

Alhajera.—f. Joyero o caja para alhajas.

Alicate.—m. Alicates. He aquí cómo la ignorancia del vulgo va imponiéndose en el lenguaje. No sería raro que mañana esta palabra desplazara del todo la forma correcta. Y es cabalmente así como se va modificando el lenguaje. *Usus est tyrannus.*

Alicurco, ca.—adj. Astuto, malicioso.

Alinderar.—tr. Deslindar, amojonar.

Aliñar.—tr. Arreglar o concertar los huesos dislocados.

Alitranca.—f. Ataharre o retranca.

Almatroste.—m. Armatooste. ¿Por qué tal condescendencia con el vulgo?

Almofrez.—m. Almofrej.

Almohadilla.—f. Acerico para clavar alfileres.

Alón, na.—adj. Aludo, de alas grandes.

Alorarse.—r. Ponerse de color amulatado o de un moreno que tira a negro. Nada tiene que ver con el ave llamada loro. Alemany deriva la palabra loro (color) de *laurus*: el laurel, por el color oscuro de sus hojas y fruto, y Román de *luridus*: negro, sombrío. Estamos con Alemany, pues la combinación *au* pasa al castellano como *o*, v. gr.: *aurum*: oro; *audire*: oír.

Alpacón.—m. Tela como la alpaca, pero más gruesa.

Alrevesado.—adj. Arrevesado.

Altear.—intr. Verbo netamente chilote o chilense, como dicen algunos que quieren calzar el coturno romano al indio de plumas y desnudo, como es de suponer andarían en tiempos remotos los indios del archipiélago. Significa subir a los árboles para explorar. Corresponde al verbo otear. Aquí se nos presenta una importante cuestión: ¿El chilote *altear* es corrupción de *otear* u *otear* es derivación de algún verbo antiguo *altear*? Opinamos que es lo segundo. Es un principio filológico que la *l* agrupada con otra consonante dió, pasando por otras transformaciones, el sonido *o*, v. gr. *talpa*: topo; *altero*: otro; *saltu*: soto; *falce*: hoz; *calce*: coz. Y esta nuestra opinión se confirma con la existencia del verbo «*altearse*», que significa elevarse, formar altura o eminencia el terreno. Y como remache del clavo, *otero* viene del latín *altarium*. Y he aquí otra prueba, y bien convincente, de que en Chiloé, más tal vez que en parte alguna de Chile, se conservan voces anticuadas que tal vez ni el diccionario registra, como sucede con la presente.

Alto.—m. Montón, pila de cosas, v. gr. un *alto* de libros. En pl. piso superior de una cosa.

Amachambrar.—tr. Machiembrar o sea ensamblar las piezas de madera. || r. Amancebarse. Dícese también *amachembrar*.

Amadrinar.—tr. Acostumbrar al ganado caballar o mular a que vaya en tropilla detrás de la madrina. Román escribe erróneamente con cursiva esta palabra «*madrina*», siendo, como es, castiza.

Amarillos (En) aprietos.—En aprieto u apuro, en calzas prietas. «Quizá por el color que suele tomar el rostro en estos casos», dice Román, o tal vez, decimos nosotros, por el color de lo que el vientre exonera, pues un gran susto puede provocar esta función orgánica.

Amarilloso, sa.—adj. Amarillento.

Amarrado, da.—adj. Torpe o que no halla como desenvolverse para salir del paso.

Amasandería.—f. Panadería.

Amasandero, ra.—Panadero.

Amo (Nuestro).—El Santísimo Sacramento. La introducción de esta expresión en el lenguaje se debe al señor Román. Recordamos que, cuando la propuso en el seno de nuestra Academia, algunos guardaron un obsequioso silencio, debido a divergencia de principios religiosos.

Amohosarse.—r. Enmohecarse.

Amparar.—tr. Llenar las condiciones con que se adquiere el derecho de beneficiar una misa.

Ampoa.—f. Ampolla. Maldita la falta que la palabreja hacía en el diccionario.

Amujar.—tr. Amusgar, o sea agachar las orejas el animal.

Amurrarse.—r. Amorrarse, ponerse triste.

A anca.—A ancas o a las ancas.

Ancuviña.—f. Sepultura de los indios chilenos.

Andada.—f. Andadura o sea acción y efecto de andar.

Anedir.—tr. Añadir. Se conjuga como pedir.

Angarillear.—tr. Transportar en angarillas. || Trabajar con ellas.

Antelar.—tr. Anticipar.

Añañay.—interj. Sí, como no, muy bien sobre todo dirigiéndose a los niños. A veces se usa en sentido irónico.

Añero, ra.—adj. Dícese de la planta que da fruto año de por medio, vocero.

Apajarado, da.—adj. Distraído, que no fija en nada su atención, que tiene la cabeza a pájaros.

Apanado, da.—Panado.

Aparatero, ra.—adj. Aparatoso, exagerador. Román no da a aparatero otra significación que la de aparatoso, siendo que, por lo menos en Chiloé, significa, como trae Malaret, exagerador, que todo lo comenta abultándolo, que trata de llamar la atención de todo el mundo. Román, en el Suplemento de su diccionario, cita las palabras de Borao, que dice que en Aragón (como en Chiloé) aparatero significa «el que pondera con exceso la importancia de una cosa».

Aparragarse.—r. Achaparrarse.

Aparta.—f. Apartado o sea acción de separar las reses de una vacada para varios objetos.

Apatronarse.—r. Amancebarse la mujer. Erróneamente afirma Medina que es voz poco usada, pues, a lo menos en Chiloé, casi no se usa otra palabra en el bajo pueblo.

Apealar.—tr. Enlazar un animal por sus patas, manear.

Apechugar.—tr. Apañar, apoderarse de una cosa ajena.

Apegualar.—tr. Amarrar la brida de una caballería al anillo o *pegual* del arzón de la silla, y, en general, hacer uso del *pegual*.

Apellinarse.—r. Acartonarse, amojamarse las personas.

Apensionarse.—r. Entristecerse, apesadumbrarse.

Aperar.—tr. Proveer, abastecer.

Apercancarse.—r. Enmohecerse, apulgararse.

Apertrechar.—tr. Pertrechar.

Apescollar.—tr. Apercollar. Tal vez la voz «pescuezo» ha influido en el cambio de la r por s. Apercollar significa asir por el cuello o pescuezo.

Apilguarse.—r. Entallecer las plantas.

Apilonar.—tr. Apilar.

Apirgüinarse.—r. Padecer *pirgüin* el ganado.

Apir.—m. Lo admite el diccionario bajo la forma *apiri*. Es el minero que transporta a cuestras el metal desde lo interior de la mina.

Apitiguarse.—r. Abatirse. Queda uno en realidad *apitiguado* al leer esta palabra plebeya y vulgar.

Aplastar.—tr. Derrotar, vencer a alguien.

Aplomar.—tr. Avergonzar, confundir. U. t. c. r.

Apolvillarse.—r. Atizonarse, contraer tizón el trigo y otros cereales.

Aporca.—f. Aporcadura.

Aporrotar.—tr. Abarrotar.

Aportarse.—r. Mostrarse, hacerse presente, asomarse.

Aporte.—m. Bienes que se aportan a una sociedad.

Aporuñarse.—r. Quedar chasqueado, engañarse.

Apotincar.—tr. Poner a uno en cuclillas. U más c. r. Acucillarse, acoclarse. ¡Linda palabra, a fe! ¡Y falta que hacía en el diccionario!

Apotrerar.—tr. Dividir una tierra en potreros.

Apozarse.—r. Rebalsarse, encharcarse el agua,

Apretinar.—tr. Formar o ajustar la pretina en los vestidos.

Aprobar.—tr. Probar. Es forma protética tradicional en el castellano, como aplanchar, afusilar, arrempujar.

Apunarse.—r. Padecer puna o soroche o sea los síntomas que se experimentan por la rarefacción del aire en terrenos muy elevados.

Apuñuscar.—tr. Apofuscar, estrujar.

Apuro.—m. Apremio, prisa, urgencia.

Apurón, na.—adj. Persona que se apresura en hacer o en que se haga alguna cosa.

Aquintrarse.—r. Cubrirse de *quintral* una planta.

Araña.—f. Carruaje ligero y pequeño.

Araucaria.—f. Pino araucana.

Arbol.—m. Cuelgacapas.

Arbolito.—m. Arbol de fuego o sea armazón de madera,

compuesta de un palo como pie o tronco, y varios listones como brazos o ramas, que sostienen las envolturas de papeles, por donde va distribuída la pólvora para un fuego de los que llaman artificiales.

Arción.—f. Ación.

Arcionero.—f. Acionera.

Ardiloso, sa.—adj. Ardtoso, astuto, mañoso.

Arenga.—f. Disputa, pendencia.

Arete.—m. Zarcillo, pendiente.

Argolla.—f. Anillo o sortija que cambian los novios,

Arguenas.—f. pl. Alforjas.

Arincarse.—Estreñirse el vientre.

Armada.—f. Abertura corrediza en el extremo del lazo para agarrar el animal; forma en que se dispone el lazo para lanzarlo.

Armado.—m. Armadura.

¡Aro!.—interj. Interjección con que se interrumpe la cueca para que los bailadores beban licor.

Arpista.—m. Ratero de oficio.

Arraigar.—tr. Notificar judicialmente a una persona que no salga de la población bajo cierta pena.

Arreado, da.—adj. Cachazudo, perezoso.

Arrecho, cha.—adj. Se dice de la persona que tiene propensión al coito. Es fenómeno bien extraño que este americanismo sólo sea conocido en Chiloé, pues no aparece en ninguno de nuestros diccionarios de chilenismos. Se aplica también a la mujer coqueta y lasciva. Es palabra de rigurosa formación latina. *Arrectus* viene de *arrigere*, que significa excitar, levantar, enderezar. *Intelligente pauca*. Esta palabra es de uso frecuentísimo en Chiloé, constituye un grave insulto y es materia frecuente de confesión. Esta fué seguramente palabra antigua, que no aparece en los diccionarios, tal como lo creemos de *altear*. Damos como prueba de nuestro aserto la existencia del verbo «arrechar», que aparece en Alemany como anticuado en el sentido de enhestar, atesar una cosa.

Arreglar.—tr. Castrar. No sabemos por qué la Academia restringe este casto eufemismo a los gatos.

Arrellenarse.—r. Arrellanarse, sentarse muy cómodamente.

Arremingarse.—r. Remilgarse, repulirse.

Arrenquín.—m. La bestia delantera que sirve de guía a las de la recua o arria. || Persona (generalmente muchacho) que llevan para su servicio los arrieros, carteros y viajeros.

Arriar. tr. Arrear.

Arribano, na.—adj. Dicese de los habitantes de las provincias del Sur.

Arrinquín.—m. Arrenquín.

Arriquín.—m. Arrenquín.

Ariscado, da.—adj. Arremangado, aplicado a nariz y sombrero.

Arrumbe.—m. Herrumbe.

Articular.—intr. Disputar, altercar || Rezongar, refunfuñar.

Arveja.—f. Arvejo, guisante.

Asoleada.—f. Insolación.

Asollamar.—tr. Sollamar. || *Alorarse*.

Asorocharse.—r. *Sorocharse*, sufrir de soroche. || Ruborizarse.

Aspa.—f. Extensión o cabida de una mina.

Aspamiento.—m. Aspaviento. Dice Amunátegui que no es americanismo sino voz española. Román la declara anticuada desde el principio del siglo XIX. Sin embargo; «Sancho Saldaña» de Espronceda (ed de 1834, e «Historia galante del joven siciliano» del P. Isla (ed. de 1835) traen esta palabra. Y Monlau, en su diccionario (ed. de 1881) registra también esta misma palabra, disertando sobre ella.

Astear.—tr. Acornar, amurcar.

Atajo—m. Recua.

Atarantarse.—r. Precipitarse, atropellarse.

Atentón.—m. Tocamiento, tacto.

Atingencia.—f. Relación, conexión de una cosa con otra.

Atingir.—tr. Oprimir.

Atornasolado, da.—adj. Tornasolado.

Atoro.—m. Ataseo.

Atorrante.—adj. (De hato errante, por lo que siempre vagan estos sujetos con un hato a cuestas). Vagabundo, azotacalles. Es voz introducida de la Argentina.

Atortillar.—tr. Atortujar, aplastar.

Atracado, da.—adj. Persona severa, rígida. || Cicatero, agarrado.

Atracar.—tr. Pegar, dar una zurra. || r. Adherirse a la opinión de otro.

Atrincar.—tr. Trincar, atar, sujetar.

Auque.—m. Greda blanda de que se fabrica loza. Usado principalmente en Ñuble.

Avío.—m. Montura o conjunto de arreos de una caballería.

Avocastro.—(Del antiguo avucastro), Persona muy fea.

Ayecahue.—Persona tosca y groseramente vestida. En plural, extravagancias, adefesios.

Azarearse.—r. Irritarse, enfadarse || Avergonzarse, azararse. En esta acepción se usa en Chiloé.

Azucararse.—r. Cristalizarse el almíbar de las conservas.

Azumagarse.—r. Enmohecerse u oxidarse alguna cosa, especialmente los metales.

FRANCISCO J. CAVADA
Académico Correspondiente
de la Española.

(Continuará)



NOTA.—Escribimos «abrogarse» con doble r para evitar que a esta letra se le dé sonido suave. Así también lo propone Román a la Academia.